

Un gallego universal:
José Alonso Trelles (El Viejo Pancho)

Discurso lido o día 28 de xaneiro
de 1956 no acto da súa recepción,
polo ilustrísimo señor don

Julio Sigüenza Reimúndez
e resposta do excelentísimo señor don
Ángel del Castillo López



REAL ACADEMIA GALEGA



Un gallego universal:
José Alonso Trelles (El Viejo Pancho)

O solemne acto académico
en que foron lidos os dous
discursos recolleitos no
presente volume celebrouse
o 28 de xaneiro de 1956
no Pazo municipal da Coruña.

A edición dos textos
realizouse a partir dos manuscritos
conservados no arquivo
da Real Academia Galega.

Edita
Real Academia Galega

© Real Academia Galega, 2024

Deseño da colección
Grupo Revisión Deseño

<https://doi.org/10.32766/rag.437>

Un gallego universal:
José Alonso Trelles (El Viejo Pancho)



REAL ACADEMIA GALEGA

A Coruña 2024

Discurso do ilustrísimo señor don
Julio Sigüenza Reimúndez



Señores académicos:

Solo el conocimiento que tengo de mis limitaciones y de la insignificancia de mi obra literaria, me hicieron demorar —una y otra vez, y así por años— el ingreso en esta ilustre Academia en la que se agrupan, en servicio y afán de la cultura de Galicia, los más esclarecidos varones intelectuales de nuestra tierra.

Yo quisiera traer a la Academia, como ofrenda y justificación de mi presencia entre vosotros, libros fundamentales en cualesquiera de las facetas del saber humano; obras perdurables en el tiempo o poemas maravillosos capaces de llevar el nombre de Galicia por los más exigentes ámbitos del saber o de la poesía.

No siendo esto así; no siendo yo portador más que de algunos libros intrascendentes que vuestra benevolencia acogió con cariño protector, mi temor se acrecienta, más todavía, ante el saber y la alta calidad literaria de la persona cuyo asiento voy a ocupar aquí: don Celestino Sánchez Rivera, maestro de periodistas e historiador relevante en cuya alabanza no voy a dilatarme porque su recuerdo está vivo entre nosotros y su obra conserva, felizmente, una vigencia en plenitud actuante.

De las dos vertientes de actividad literaria de don Celestino Sánchez Rivera —periodista, historiador— la primera ha sido seguida por mi con una mayor atención por cuanto, como él, —yo discípulo, él maestro— soy periodista vocacional desde los tiempos de mi más lejana juventud.

Fue don Celestino Sánchez Rivera un periodista que llegó a la profesión bien nutrido de humanidades y después de pasar por la carrera de Derecho. Su amplia y certera visión de los hombres y de las cosas, así como su entrañable y limpio amor a

Galicia, hicieron que su pluma se detuviera, preferentemente, en aquellos problemas que podrían abrir nuevos cauces a nuestros mejores destinos colectivos. Él fue un hombre en perpetua vigilia que se inició como redactor en *El País Gallego* —diario de Compostela finado en el año de 1898— para sostener campañas y hacer justicias.

Desaparecido este periódico, y en el mismo año de 1898, pasó a ejercer la dirección de *El Eco de Santiago* nutriendo sus páginas con la colaboración de las más ilustres figuras de su tiempo, ya que alcanzó a comprender que una cultura naciente —como era la de Galicia por aquellos tiempos— solo puede universalizarse a condición de franquear la atmósfera que la circunda a los cuatro vientos del espíritu.

Vigorizó así, en su medida y aportación, la expresión de las ideas y los sentimientos que flotaban en el ambiente de la época hacia nuevas aspiraciones colectivas que, afincando su raíz en el suelo nativo, alzaban su flor hacia la altura como la alza el árbol que extrae de los jugos nutricios de la tierra la maravilla del fruto.

Desde 1898, y hasta 1938, en que *El Eco de Santiago* se fundió con *El Correo Gallego* de Ferrol, don Celestino Sánchez Rivera ejerció la dirección del primero, pasando a ocupar en el segundo, desde el momento de la fusión, el cargo de subdirector, si bien postrado en su casa por una enfermedad que no le impidió —que tal era la fortaleza de su vocación— enviar sus originales al periódico, escritos con la misma agilidad, con la misma gracia y la misma fundamental preocupación que los distinguieron siempre desde su iniciación periodística.

En la otra vertiente de su actividad, tenemos que señalar que a comienzos del siglo fue don Celestino Sánchez Rivera nombrado secretario del Hospital Real, lo que le llevó a hacer diversos estudios de carácter histórico altamente conocidos y valorados. Entre aquellos trabajos queremos destacar su monografía sobre la colegiata del Sar, la romántica joya arquitectónica compostelana, tan famosa universalmente por la inclinación de sus columnas.

Nuestra Real Academia lo eligió miembro numerario el 8 de diciembre de 1940, y en 1948, agotado por una enfermedad larga y penosa, entregó su alma a Dios el día 30 de noviembre en su amada ciudad de Compostela, a los 78 años de edad. Dejó tras sí una estela de devoción y de cariño, y una obra intensa y eficaz por sus calidades y empeños en favor y prestigio de esta tierra a cuyo servicio y engrandecimiento estuvo siempre dispuesta su pluma.

Dios Nuestro Señor lo tenga en su Gloria.

UN GALLEGO UNIVERSAL: JOSÉ ALONSO TRELLES (EL VIEJO PANCHO)

Por camino polvoriento y reseco de barro; por tierras sin camino, a campo traviesa, avanza la carreta campesina que recorre kilómetros en busca de El Tala, pequeño pueblo del Departamento de Canelones, en la República Oriental del Uruguay.

Al frente, y en ambos lados del rural vehículo, la tropa gaucha abre camino, sonora de nazarenas, sobre los potros bravos e impacientes. Van a enterrar al cantor de su épica vagabunda y bravía; al hombre que supo conjugar sus penas con las de ellos fundiéndose tan insolublemente que poeta y raza son una sola y unánime realidad vital.

El sol que agoniza arranca los postrimeros fulgores de las espuelas... A lo lejos tañe una campana católica, y una doble fila de ombúes, retorcidos y sedientos, mece sus hojas al viento campero que parece llorar. Se anuncian los primeros ranchos de El Tala. Ante ellos, las humildes gentes pueblerinas ven pasar, con ojos asombrados, el inusitado cortejo. Y cuando el pequeño cementerio queda vacío, la moribunda luz de la tarde se recuesta en los árboles y deja leer, entre flores y verjas, esta inscripción sobre mármol blanco:

AL QUERIDO POETA AMIGO JOSÉ ALONSO TRELLES,
DESAPARECIDO EN NUESTRA AUSENCIA,
COMO TESTIMONIO DE UNA PENA MUY GRANDE.

Así recibió sepultura, en su amada tierra de adopción, un gallego universal que un día de su vida —a los 17 años de edad— cumplió el signo de su raza montando sobre las “ondas do mar de Vigo” y perdiéndose en el horizonte.

Breve ficha bio-bibliográfica

José Alonso Trelles (“El Viejo Pancho”) nace en Ribadeo el día 7 de mayo de 1857. En su infancia es viajero, con su familia, hacia Navia (Asturias) en donde reside hasta los 17 años.

En 1874 embarca en Vigo para América; en 1877 publica los primeros versos; en 1882 contrae matrimonio con la dama uruguaya Dolores Asuaga. En 1883 fallece, en Asturias, su padre; en 1884 tiene su primer hijo; en 1887 publica en folleto su poema *Juan el loco*; en 1894 funda el periódico *El Tala Cómic*; en 1895 fallece su primera hija; en 1906 vuelve a Galicia y, dos meses después de su llegada, retorna al Uruguay.

En 1908 es elegido diputado a la Cámara de Representantes por el Departamento de Canelones; en 1909 fallece en España su madre; en 1916 publica su libro *Paja brava*, que será su obra capital; en 1920, corregida y aumentada, sale la segunda edición de la obra; en 1922, el pueblo de San Juan le rinde un homenaje popular, y la municipalidad de El Tala le da su nombre a una calle.

Un hombre que nació poeta

Cuando José Alonso Trelles escuchó en España la llamada de América, era poeta ya. Su manifestación se hubiera producido igualmente entre nosotros porque el poeta que como él es esencialmente popular nace siempre con esa Gracia de Dios. El poeta no se hace, sino que, sencillamente, se refina, hace artística su facultad. Trelles hubiera sido entre nosotros el poeta del campesino, porque habría cantado sus temas esenciales de igual manera que lo hizo en el Uruguay: adentrándose en la psique popular.

¡Qué buen poema para su musa ese cultivar raíces y esperanzas de nuestros campesinos! ¡Qué buen tema el de nuestro corazón viajero, siempre en ruta hacia lo ignoto!

El Viejo Pancho tendría, en la rueda dominical del atrio de la capilla aldeana, la sentencia pronta y honda, la ironía socarrona, la anécdota viva, el augurio, la

descripción feliz, el colorido... Tendría la voz sentenciosa de los petrucios, y alcanzaría a descifrar el secreto de esa tristeza, de esa melancolía que duerme en los ojos de nuestras mujeres como herencia de un dolor ancestral perdido ya en la noche de los tiempos. Él sabría cantar este campo nuestro, de imperio absorbente, que nos lleva y nos trae, que nos adormece y nos impulsa, en fuerzas encontradas que bien pudieran constituir la “saudade”.

En el Uruguay vio y sintió todo eso, y rompió a cantar con versos sencillos, ingenuos, románticos y tristes, a la manera de un Bécquer imperfecto. No cabía, en la sencilla versificación becqueriana, alada y casi exclusivamente amorosa, todo el mundo que Trelles llevaba en sí. Al reconocer esto, comenzó en El Viejo Pancho la lucha por la forma. Se influenció aquí y allá, pero su mundo se resistía y, al no encontrar la expresión de su correspondencia, sus producciones fueron mediocres, no superiores a las de sus epígonos que, como él, intentaban cantar la pasión gaucha.

En la búsqueda por la forma, Trelles creyó encontrarla en las décimas sentenciosas del *Martín Fierro* de Hernández, y en ellas se demoró, intranscendentemente también, hasta que de nuevo le aguzó la disconformidad. La décima resultaba monótona para la expresión de una vida cambiante y libre como es la del gaucho, y Trelles insistió en su búsqueda una y otra vez.

Yo me imagino con qué alegría intensísima pudo leer El Viejo Pancho los *Aires murcianos* de Vicente Medina, o las *Castellanas* de Gabriel y Galán. Allí estaba su expresión. Allí estaba, sin duda alguna, la caja de resonancias para su lírica. Y en efecto, fue en esos dos autores españoles en donde Trelles halló cuanto precisaba para encajar su voz. El Viejo Pancho hizo así poesía regional uruguaya al modo que aquellos dos autores la hacían española.

Vamos a verlo recitando algunos de sus poemas:

La güeyá

Pulpero, eche caña,
caña de la güena,
yene hasta los topes ese vaso grande.
No ande con miserias.

Tengo como un juego
la boca de seca,
y en el tragadero tengo como un ñudo
que me ahuga y me apreta.

Déme esa guitarra...
¡Quién sabe sus cuerdas
no me dicen algo que me dé coraje
pa echar esto ajuera!...

Hoy de madrugada
yegué a mis taperas,
y oservé en el pasto mojáo po'el sereno
yo no sé que güeyas...

Tal vez de algún perro...
Pero, ¡de ande yerba!
si al lao de mi rancho no tengo chiquero,
ni en mi casa hay perra...

Dentré, y a mi china
la encontré dispierta...
Pulpero, eche caña, que tengo la boca
lo mesmo que yesca...

Yo tengo, pulpero,
pa que usted lo sepa,
la moza más linda que han visto los ojos
en tuita la tierra.

Con eya mi rancho
ni al cielo envidéa...
Pero eche otro vaso, pa ver si me olvido
que he visto una güeya...

Hopa... Hopa... Hopa!

Casi anochecido, cerquita e mi rancho,
cuando con mis penas conversaba a solas,
sentí ayer ruidaje como de pezuñas
y el grito campero de ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!...

Salí, y en lo oscuro vide uno de poncho
yevando a los tientos lazo y boleadoras,
que al tranco espacioso de un matungo zálino
arriaba animales que parecían sombras.

“Paresé, aparcerero, paresé y disculpe, —
le dije: —¿qué bichos yeva en esa tropa?”
—“Voy pa la tablada de los gáuchos zonzos
a venderles miles de esperanzas gordas”.

—“Si el mercáo promete y engolosinado
güelve po' estos pagos en procura de otras,
no olvide que tengo mis potreros yenos,
y que hasta e regalo se las cedo todas”...

Sonrióse el tropero, que era el Desengaño,
talonió el matungo derecho a las sombras,
y aún tráe a mis óidos el viento e la noche
su grito campero de “¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!”.

Tristezas

¿Que en qué cismo, decís? dejáme un rato
pensar en lo que pienso,
porque, a veces, pa juirles a mis penas,
les ando materiendo a mis recuerdos.

Pensaba... Pero, amigo, esto sí es lindo;
se me jue el santo al cielo...

De juro una zoncera; ¿en qué otra cosa
puede pensar un pobre gaucho viejo?

Yo nunca di trabajo a la cabeza;
¿pa qué, si mi vivir siempre jue el mesmo?
¡Si entre el hoy y el ayer la diferencia
jue no más que de tiempo!

En la sobada trenza de mis penas
no se ruerpe ni un tiento,
y va el dolor siguiéndome cerquita
como atao a la cincha po'el cabestro...

Cuando se cruzan pagos nunca vistos,
pa no perder el rumbo hay que ir dispierto;
¿pero en la cancha propia? Hasta el más zonzo
hace el viaje durmiendo.

¡Pensar!... En las miserias de la vida
nunca supe poner el pensamiento;
puse mi corazón confiao y zonzo,
y a traición me lo hirieron.

De ahí vienen mis tristezas misteriosas,
mis horas de silencio...
¡Tal vez mi corazón es ya finaito,
y cuando estoy ansina es que lo velo!

Cosas de viejo

¡Que por qué ando yo ansina como enojao y triste!
¿Pa qué querés saberlo, mi linda flor de ceibo?
Los días del verano, que son pal mozo auroras,
son tardes melancólicas pa los que van pa viejos.

Pa yo poder contarte la historia de mis penas
tendria que ir despacio pialando mis recuerdos...
Dejálos que el olvido los ate a su palenque,
que yo, pa dir guapiando, ya no preciso de eyos.

Mas bien cebá un amargo de los que tú acostumbras
pa despuntar el vicio... pa dir haciendo tiempo...
¡Quién sabe si algún día, sin oirlo de mis labios,
no sabés por qué peno!

Pero hoy tuavía es temprano pa que esa cabecita
que pide pa adornarse la roja flor del ceibo,
comprienda que se pueden hayar sobre la almohada
tristezas que nos ahugan en vez de lindos sueños.

Cebá, cebáme un mate, que yo pa entretenerete,
te vi'a contar un cuento
que, aunque es todo él mentira,
tal vez se te haga cierto.

Era como vos moza y era como vos linda
y como vos tenía por ojos dos luceros,
ande se achicharraban de un corazón las alas,
del corazón de un gaucho que se miraba en eyos.

Era un cantor y pueta de esos que en la guitarra,
ponen en vez de cuerdas sus delicados nervios,
y cantan en sus "décimas" bravuras de los héroes,
y penas en sus "tristes", y amores en sus "cielos".

Eya tuvo al principio p'al payador amante
en los ojos ternuras y en la boquita besos...
¡Eran como palomas que van buscando el monte
p'hacer entre los sauces el nido de sus sueños!

Dispués... ¿sabés, mi china, que está lindo tu mate?
Más lindo que mi cuento;
no dés güelta a la yerba, seguí, seguí cebando,
pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo...

Dispués... ¡Óigale el duro!
¿Sabés que no me acuerdo?
Mirá, sacá esa astiya que está haciendo humadera...
me yoran ya los ojos... prestáme tu pañuelo..."

Y ahí quedan, bien claras, las influencias asimiladas por José Alonso Trelles en su manera de hacer, de componer el verso. En lo demás, en la vida y el espíritu de su arte, no tuvo más que mirar en torno de él y, sobre aquella vida en movimiento, sobre aquella objetividad, volcar la honra subjetividad del espíritu propio; del espíritu que nació con él en la Galicia que había dejado atrás.

Fue así como, con una extraordinaria asimilación del habla y de la idiosincrasia gaucha, intensificó las notas del ambiente y penetró con gallarda agilidad en la psique del pueblo, animando los perfiles, los lineamientos, el plasma aventurero de la tropa cabalgante, idealista y leal, que galopa llanos y expande con la guitarra los ecos de sus penas o las glorias de sus triunfos.

Y así, claro, sencillo, maleable, preciso, pictórico y musical, el verso de El Viejo Pancho fue cuajando en rimas inagotables de humor, salpimentadas de intención y de virtud festiva. Fue sencillo como debía serlo para ser sincero. Por esto todo el secreto de su arte radica en su sensibilidad y en su imaginación creadora. Porque las modalidades y los gustos de la rima pasan. Solo la esencia permanece.

Presencia de la poesía gauchesca

La poesía gauchesca nació con los payadores anónimos que, de fogón en pulpería, cantaban sus coplas y entablaban sus contrapuntos en un tiempo que bien puede ser comprendido, en el Uruguay, desde fines del siglo XVIII a fines del XIX.

Era aquel un tiempo en que la evolución política y económica del país nació tímidamente, y se estaban limitando las dilatadas llanuras de los campos con las alambradas que indicaban que la tierra tenía sus dueños.

El gaucho —que había dejado en reposo la lanza guerrera— se encontraba con los infinitos problemas de la paz y comenzaba a sentirse defraudado, aprisionado entre las mallas de la ley. El hombre sin más ley que la suya propia tenía que someterse a la Ley general, y ya no podía vagar en total libertad, porque el sustento se mostraba difícil, duro... La tierra pedía el trabajo de todos, el laboreo constante, y el hombre había de cumplir la sentencia divina: “Ganarás el pan con el sudor de la frente”.

Entonces el gaucho se sintió oprimido, faltarle de espacio, y cantó como pudo y como supo el dolor y la variedad de la nueva vida. Aquellos dolores y aquella variedad, ¡como no había de ser!, llegaron al campo literario de la urbe y fueron asaltados

por los cultos, por los doctores, que se dieron a cantar en “criollo” creando un tipo de gaucho ladino y banal, como si ese tipo, producto de la imaginación, pudiera representar el espíritu gallardo y heroico “de los hombres que en las lejanías de los campos sentían cansarse los brazos de tanto no empuñar las lanzas de las románticas patriadas”.

José Alonso Trelles fue, entre los cantores gauchos, el primero que dejó oír en las rejas de las pulperías los lamentos graves y viriles. Era la suya la voz del gaucho dolorido, acosado por el progreso que iba cercándolo en los más alejados rincones de los bosques, hastiado de los tiempos nuevos en donde el orden se mantenía por sobre la vida de mansedumbre de todos, mientras él añoraba las mañanas luminosas y libres, heredadas de sus mayores, y el vivir a la buena de Dios como las aves del cielo.

Su voz se hizo prontamente popular porque él, como Martín Fierro, cantaba la tristeza flotante sobre los pagos, y tenía encendido el acento de desprecio cuando narraba las astucias de los gringos oponiéndose a la viril acometida de los criollos, aunando a todo el seguro sentido estético y la certera comprensión del medio campero de no tornar villano su verso con refranes continuados, que en los bellos tiempos solo se oyeron en labios ladinos, incapaces de las graves sentencias de los hombres.

El Viejo Pancho amó el campo, y con igual emoción a los hombres, a los árboles y a los vibrantes caballos en las serenas noches en que gotean sobre la pampa las cuatro lagrimas de la Cruz del Sur. Y tuvo su palabra, lejos de la mezquina propiedad fotográfica, la honda sugestión de la verdad de las almas, de las cosas y de los cielos. Fue el único cantor gaucho que supo darse cuenta de que, en Poesía, la realidad no puede ser reproducida, sino evocada.

Y así fue como, de poema en poema, intensificó las notas del ambiente, penetró con más gallardía y agilidad en la entraña de la raza amazónica, esculpió el relieve psicológico del aborígen caballeresco, y animó los desfiles y los claro-oscuros de su idiosincrasia tumultuosa, apasionada de la libertad.

Claro y sencillo; rico y cambiante; maleable y preciso, poseía la escabrosa facilidad del engarce cómodo y de la expresión ingenua que traduce, por acción refleja, los gritos del alma, vecinos del eco cándido y del balbuceo infantil, empaados en el agua limpia de la emoción, como un río luminoso del amanecer al primer estremecimiento de la Naturaleza.

Galicia, su raíz

Es curiosa —especialmente para los gallegos— esta figura de José Alonso Trelles. Nadie ha leído de él, en su obra conocida, la más leve alusión a Galicia. Y, no obstante, en 1906, la misma “saudade” que le llevó a la América, lo devolvió al calor de su tierra.

No existe registro alguno que pueda indicarnos el rumbo de sus pasos por su tierra, pero sí hay constancia, y extraordinaria, de como Galicia le dio, generosamente, cuanto a ella había venido a buscar: la limpia emoción de nuestras gentes campesinas, el colorido de sus campos y poblados y, lo que es mejor todavía, el austero sentido de nuestra posición ante la vida.

El Viejo Pancho volvió a sus pagos uruguayos con el espíritu vivificado. Y en su obra puede verse como los pocos poemas que alcanzan para su perduración en el tiempo fueron escritos a partir de ese viaje. Son aquellos de los suyos que tienen más hondo sentido de humanidad, y en los que la forma alcanza su expresión más culta y depurada.

Todo cuanto alienta en sus poemas del regreso ha sido hallado en Galicia y entre los suyos. Sus personajes de esta época hablan con la misma voz sentenciosa de nuestros campesinos; tienen la misma ironía socarrona, el mismo humor, y asumen siempre la misma posición entre los hombres.

Si suprimimos de estas últimas composiciones de Trelles cuanto tienen de sabor local —determinado en su mayor porción por el idioma— nos encontraremos en Galicia, en su corazón campesino, escuchando vicisitudes vividas, cuentos de aparecidos, o recibiendo consejos que la experiencia o la vejez —lo que es casi lo mismo— anegan en esa filosofía que aquí llamamos retranca, pero que no es más que nuestra ancestral socarronería.

Se verá entonces con claridad que el gaucho de Trelles, recostado en la tranquera o enamorando a su china, es un hombre gallego como tantos otros de los que cruzaron su raza con las aborígenes americanas, y en su alma recién lavada imprimaron nuestras características espirituales.

El gaucho de Trelles, psicológicamente considerado, es un salto atrás, y en ese salto ha vivido, igualmente, su cantor, que afirma así su galleguidad, consciente o inconsciente, pero nítidamente reflejada en *Paja brava* con más alto valor

espiritual que en su partida de nacimiento, dormida para todos en el Registro Civil de Ribadeo.

Y tanto es así que, cuando la mejor crítica uruguaya dijo de él que era el poeta “cuyos cantos genuinamente uruguayos evidenciaban su vocación para pulsar la lira gaucha y su conocimiento profundo del alma del paisano”, Trelles dejó, para aquella crítica, la total responsabilidad de la afirmación, advirtiendo en el prólogo de su libro:

¿No podrían ser sencillamente mis pasiones, mis penas, imaginarias o reales, que da lo mismo, mis secretas ternuras, el mundo misterioso e ignorado que lleva cada uno dentro de sí, lo que, en el pintoresco lenguaje criollo, aprendido en mi larga convivencia con la gente del campo, expresan y traducen mis toscos versos?

Y así es, en efecto, Trelles se llevó de Galicia la estremecida voz interior que desarrolló en pequeños poemas líricos, de palpitante intimidad emotiva, que es voz auténtica de nuestra lírica gallega desde su nacimiento.

El poeta cumplió cabalmente el signo de nuestra raza aventurera: se fundió con el medio en que actuó, y en él quiso morir para vivir eternamente en la “saudade” que es ansia infinita, inextinguible, de libertad y de amor.

Así lo ha dejado escrito en su testamento poético:

Mi testamento

Cuando me esté muriendo
saquenmén campo ajuera,
y al lao de una cañada
ande corra un hilito de agua fresca,
ande el trébol de olor y la gramiya
se le brinden al cuerpo como jerga,
y haiga una mata e pasto
pa dejar caer sobre eya la cabeza,
dejenmén solo ayí... ¡Solita mi alma!
Pa que naides se entere ni me sienta
lo que esté po'empacárseme del todo
el corazon que a gatas sí trotea.

¡Yo no quiero morir dentro e mi rancho
como muere el peludo entre la cueva!
Quiero sentir bajo la luz del cielo
la caricia e la tierra
que jue siempre pa mí como una madre
y ha e recoger mis güesos lo que muera;
quiero oír cantar, cuando el sudor me avise
que me aguáita la útera,
sobre el ombú e mi choza la calandria
que tantas veces consoló mi pena;
quiero ver retozar a los baguales
que la yeguada encela
pa recordar los que montaba en pelos
al salir disparando e la manguera;
quiero seguir el vuelo e las torcazas
cuando a la tarde los cardales dejan,
y van, buchonas, procurando el nido
ande Amor, arruyando, las espera.
Quiero aspirar, cuando a morirme vaya,
los perfumes que el viento dan las sierras,
y enyenando los ojos de azul-cielo,
al darle al sol mi adiós lo que se escuenda
pedirle pa la zanja en que me entierren
su primer rayo e luz cuando amanezca...

¡No me dejen morir dentro e mi rancho
como muere el peludo entre la cueva!
¡Dejenmé agonizar a campo abierto,
la cara al cielo güelta,
pa verla bien, lo que la noche se haga,
a la adorada estreya
que les robó la luz a unas pupilas
que envenenaron tuita mi existencia!...

Y ahí está también, en ese panteísmo hondamente espiritual, la raíz gallega de El Viejo Pancho. De aquí la ha llevado para transplantarla en el país de adopción en donde ha cantado y cantará para siempre desde el ombú, en los ranchos camperos, y entre un pueblo nobilísimo que lo lleva en lo profundo de su corazón, que lo reclama suyo, y que le recordará sobre los tiempos.

El eco de su cantar se agita, también, entre nuestros pinos verdecentes.

He dicho.

Resposta do excelentísimo señor don
Ángel del Castillo López



Ilmo. señor presidente.

Señores académicos.

Señoras y señores.

No sé cómo agradecerlos, ni de qué manera pagarlos, señores académicos, el honor que me habéis concedido de ser yo quien en vuestro nombre reciba en el solemne umbral de nuestra querida Corporación, a nuestro nuevo compañero, el ilustre poeta, distinguidísimo escritor y activo y fecundo periodista, nuestro querido y admirado amigo don Julio Sigüenza Reimúndez, contestando al interesante discurso con que, a la puerta, dignamente, su merecida entrada con lógica emoción espera. Y no solo dicho honor, al que tan reconocido me considero, de adelantarme orgulloso en vuestro nombre, en el de todos, a tenderle cariñosamente la mano, sino también la íntima satisfacción que con ello me proporcionáis de ser precisamente yo, uno de sus maestros en los primeros años, quien las primeras palabras de afectuosa bienvenida le dedique y el primer cordial abrazo, como nuevo académico, le dé, porque a la admiración que su brillante labor siempre me produjo, la que tan justamente de nuestra Corporación sus puertas abre, tengo, comprenderéis, que añadir el cordial y merecidísimo afecto que como antiguo y querido alumno siempre, con toda justicia y razón, le tuve.

Hay horas en la vida, señores académicos, que nunca se pueden olvidar, y aquellas que, en mi ya lejana primera juventud, al comienzo casi de mi vida y carrera, pude, con otros más doctos, destinar a la formación del carácter, del espíritu y de la personalidad de nuestro nuevo y querido compañero, esas jamás se olvidan, porque van siempre eterna y cariñosamente ligadas a la vida de aquel a quien, en su infancia, con todo entusiasmo se pudieron cariñosamente consagrar. Bien así, el propio Sr.

Sigüenza me lo manifiesta y confirma por su parte en la expresiva y cariñosa carta que con la copia de su interesantísimo discurso me mandó, al expresarme en afectuosas palabras, que mucho le agradezco, su “deseo ferviente”, así dice, de que fuese yo precisamente quien a su discurso contestase, y recordando, acaso, las horas felices de su niñez, cuando como meritísimo alumno mis pobres lecciones atentamente escuchaba, me dice en su mencionada carta, que así lo desea, entre otras razones, por la “antiquísima y leal amistad” que, en efecto, me conserva, y a la que yo siempre con mi profundo cariño y merecida y natural admiración, correspondí.

¡Qué alegría!, señores académicos, ¡qué alegría y qué satisfacción más grande poder oír, cuando ya los tristes umbrales de la vejez se pisan, de uno de los alumnos más queridos y más justa y merecidamente recordados, esas afectuosísimas palabras que sólo todo su valor y toda su profunda emoción tienen para aquél a quien van tan cariñosamente dirigidas! Permitidme, señores académicos, que en este solemne momento en que por vuestra nunca bien agradecida designación, al discurso de quien, como os dije, fue uno de mis alumnos más queridos, contesto, que en él, en D. Julio Sigüenza, salude con todo cariño y con toda emoción a cuantos, como él, mis pobres lecciones a lo largo de mi vida escucharon.

Como si méritos sobrados para mi legítima satisfacción el ingreso del Sr. Sigüenza en nuestra Academia no tuviese, he de recordar también, porque ello siempre interesa, el de venir a ocupar uno de los sillones más históricos de nuestra querida Corporación, a la que, como sabéis, pertenezco desde los ya lejanos días en que se fundó, lo que en este momento me permite evocar los nombres, para mí tan queridos y por todos tan admirados, de ilustres académicos con dicho sillón ligados: a D. Leandro de Saralegui y Medina, el ilustre autor de *La época céltica en Galicia*, con quien tan buena amistad me unió, y que como académico fundador había en 1905 de ocuparlo; a D. Emilio A. Villelga Rodríguez, distinguido catedrático de Humanidades de la Universidad Pontificia de Santiago, cuyo recuerdo, a mis primeros pasos, en estos momentos uno, y que había por entonces de ocuparlo; a D. Juan Jacobo Durán Loriga, el ilustre matemático, cuyo centenario de su nacimiento aquí, en nuestra ciudad, recientemente, con la debida solemnidad celebramos; a D. Ramón Arana, el distinguido musicólogo ferrolano, que hizo popular, en los numerosos e interesantes trabajos que sobre nuestra música publicó, su pseudónimo de *Pizzicato*; a D. Roberto Nóvoa Santos, el ilustre catedrático de Medicina de la gloriosa Universidad de Santiago, para mí siempre tan recordada y querida, aquí, en la Coruña también nacido y de cuyo “espíritu libre y moderno” en vuestro interesante

libro *Galicia, cara y cruz*, Sr. Sigüenza, con razón habláis, y con quien tanto en el desaparecido campo de San Agustín, donde hoy nuestro Palacio Municipal se levanta, de niño, por los desmontes jugué; a D. Alejandro Rodríguez Cadarso, el ilustre doctor y catedrático también de Medicina de dicha Universidad, de la que fue su distinguidísimo rector, trágicamente fallecido, y cuyo cariñoso y admirado recuerdo en la memoria de todos perdura; y por último, a D. Celestino Sánchez Rivera, ilustre escritor y periodista compostelano, uno de los más significados “troyanos”, que hizo popular en sus interesantes trabajos el pseudónimo de *Diego de Muros*, y del que, con razón, nuestro querido compañero D. Paulino Pedret, en la sentida “Nota necrológica”, que en nuestro *Boletín* se publicó, dijo que con su muerte se había cerrado “una época de Santiago”. Tengo necesariamente que sumarme al merecido elogio y al cariñoso recuerdo que el Sr. Sigüenza tan acertadamente en su interesante discurso le dedica, porque la larga amistad que durante tantos años, a él y a mí, fuertemente nos unió, estaba íntimamente ligada a ciertos momentos históricos de mi vida, difíciles de olvidar. En fin, este es, Sr. Sigüenza, el prestigiado sillón que como académico nNumerario venís dignamente a ocupar y cuya gloriosa historia, con la satisfacción de todos, os cabe el honor de proseguir.

Sigüenza, y perdóneseme la confianza con que en estos momentos de lógica exaltación de nuestro viejo afecto lo trato, nace en la Coruña el 7 de enero de 1898, si la noticia resulta exacta y no indiscreta, el año de la famosa “generación” de la que ya tan pocas glorias desgraciadamente quedan, y su infancia se desarrolla por las históricas y empinadas callejuelas de la antigua Ciudad Vieja (de “la Ciudad”, como aún se dice, donde yo también, poco antes, en 1886, nací) que con sus interesantes monumentos, sobre todo sus antiguas iglesias medievales, y blasonados edificios tanto nuestro pasado histórico recuerdan (por las mismas en que años antes también la mía discurriera); y nace en la interesante calle, de franca tradición gremial que antiguamente desembocaba en la desaparecida Puerta de San Francisco, que para “posar” en su convento solemnemente cruzaron en regias comitivas Alfonso XI, primero, en 1345, cuando a fallar en favor de nuestro histórico puerto cierto famoso pleito, vino; Carlos I, después, para celebrar en él aquellas famosas Cortes de 1520, que tanto que hacer a Castilla luego dieron, y conferir, en su ausencia, el Gobierno de España al famoso cardenal Adriano (Adriano VI más tarde como papa), uno de los hechos más trascendentales de nuestra historia, que aquí, con escándalo de los procuradores castellanos, luego tuvo; y Felipe II (aún príncipe) más tarde, cuando para casarse con María Tudor y aquí embarcarse, en 1554, por nuestra ciudad pasó; la misma calle

que también yo, tantas veces correteando en mi primera infancia recorría para jugar con mis primeros amiguitos (¡dónde la mayor parte de ellos, a estas fechas irán!), en las ruinas del mencionado convento (en casa cuartel de la Guardia Civil entonces convertido, y donde, acaso, mi vocación arqueológica tal vez entonces se inició) y trepar atrevidamente por las grietas de sus antiguas paredes a coger los atrayentes aléjies que aun allí hoy se dan y en parte su desolado aspecto piadosamente cubren. Por eso, evocar con cariño la antigua calle de Tinajas, donde Sigüenza nació, en este gratísimo momento quiero.

A los pocos años, en 1912, la ingénita inquietud de Sigüenza le empuja, como a José Alonso Trelles, a cumplir “el signo de su raza”, en busca de más amplios horizontes, y acaso tras de esa gloria con la que todos en nuestra juventud soñamos, y a La Habana, pletórico de ilusiones y proyectos, se va, donde lejos de su tierra aprende a mejor quererla y también con toda su alma a mejor servirla. Y a diversos trabajos dedicado, lucha (como tantos otros que, llenos de entusiasmo, allá se fueron), con la vida, no siempre para todos fácil. Poco después nos sorprende gratamente con la publicación, en 1924, de su interesante libro *Por los agros celtas*, cariñosamente prologado por nuestro ilustre D. Jacinto Benavente, libro con el que Sigüenza brillantemente inicia su carrera literaria, la que hoy tan justa y merecidamente a nuestra Real Academia, con satisfacción de todos, le condujo. Sigüenza, en la dedicatoria de su interesante libro, que constituyó, como era natural, un gran éxito de crítica y de prensa,¹ dice entre otras cosas que en él “se glosa la quietud de los pazos gallegos”, y, en efecto, entre sus más afortunadas composiciones, sonetos casi todos, figuran las que, a los diversos lugares y rincones de nuestros interesantes pazos, con romántica inspiración dedica.

Pero, ¿a qué pretender yo con mis pobres palabras decir del libro y de su autor lo que tan admirable y acertadamente hizo ya en preciosos párrafos su ilustre prologuista D. Jacinto Benavente? Él, antes de calificar, con razón, a dicho interesante libro de “Memorias plenas de emoción, de sentimiento y de nostalgia, de sitios y lugares queridos, donde quedó enterrada la infancia”, dirigiéndose a su autor, en cariñoso apóstrofe le dice:

1 Por el que se le ofreció el primero de los banquetes con que luego tan merecidamente se le obsequió, al que asistieron con D. Jacinto Benavente, entre otras personalidades, el presidente de la Academia Cubana de Arte y Letras y los distinguidos escritores D. Emilio Gaspar Rodríguez y D. Jorge Mañach, ministros que del Gobierno de Cuba, en varias ocasiones fueron, así como una calificada representación de la directiva del Centro Gallego.

Es V. ejemplo de esa juventud, que fuera de España, con energía y tesón, forjan su voluntad, y cada día, tenazmente, hurtando quizás horas al sueño y robando tiempo a los ocios de un trabajar penoso, laboran con religiosa asiduidad por mejorarse moral y espiritualmente, concibiendo una patria, que sea real expresión de grandezas y prosperidades.

¿Cómo, pues, pretender yo, como comprenderéis, enmendar y corregir lo que de manera tan acabada el ilustre Benavente dijo?

A este primer libro siguieron, en Cuba, *El Lobo*, impresionante novela realista “de ambiente gallego”, como dice, de amargos trazos y escenas crudas, a lo Valle-Inclán, trágicamente inspirada por cierto fatalismo, y en la que no faltan “las lenguas murmuradoras” a lo Arcipreste de Talavera en su “Corbacho”; y *Del Amor y de la Muerte*, que prologó D. Moisés Vicenzi Pacheco, ilustre Rector de la Universidad de San José de Costa Rica, libro constituido por una serie de deliciosos poemitas cortos, en poética y fina prosa, de los que no puedo por menos de recordar en estos momentos, aquél, tan hermoso, que comienza, “En la hora de los sueños azules yo soy el solo tripulante de mi bajel de ensueño”, así como aquel otro, delicadísimo, que tanto en pocas palabras dice: “Llorabas y las estrellas se miraban en tus ojos. —¡Nunca me parecieron más bellas las estrellas!— Hoy parece que las estrellas lloran... — En todas te veo a ti...”

A raíz de la publicación de su mencionado primer libro, llamado Sigüenza por D. Nicolás M.^a Rivero, director entonces del importante *Diario de la Marina* de La Habana, a quien por muchas razones no puede Galicia olvidar, ingresó en el periodismo, donde tan bien nuestro nuevo compañero encajó, colaborando asiduamente en *El Mundo*, *La Prensa*, *La lucha*, *Heraldo de Cuba* y *Diario Español*.

En 1925 viene a la Coruña, su nunca olvidada ciudad, a la que siempre tanto quiso y a la que siempre que pudo con todo entusiasmo y cariño, como ella se merece, alabó, y satisfechos de momento ya sus más íntimos sentimientos. A finales del mismo año marcha a Buenos Aires, donde como periodista trabaja en el importante diario *La Razón* y colabora activamente en *Caras y Caretas*, *Plus Ultra*, *Nosotros*, *Céltiga* y en el suplemento dominical de *La Razón*, dando diversas conferencias en la Universidad de La Plata, Teatro Avenida y Federación de Sociedades Gallegas. Poco más tarde, “inquieto y andariego” a la manera de cómo de cierta ilustre Doctora de la Iglesia se dijo, marcha de Buenos Aires a Montevideo, en donde se hizo cargo de la Secretaría General del Centro Gallego, que desempeñó hasta 1931, en aquella

fecundísima época en que dicho Centro, bajo la digna presidencia del ilustre coruñés, nuestro querido amigo, D. Constantino Sánchez Mosquera, para el que, con este motivo, quiero tener el cariñoso recuerdo que a todos nos merece, tan intensa y acertada labor hizo: la Exposición de Arte Gallego, de noviembre de 1929, el Certamen Hispano-Americano y diversos ciclos de interesantes conferencias, especialmente sobre temas gallegos, dadas por altas personalidades, entre otras felices iniciativas; habiendo fundado allí la Asociación Protectora de la Cultura Gallega, extendida después a Buenos Aires; fue director de la revista *Galicia* y trabajó en el diario *El Día*, fundando y dirigiendo durante varios años la buscada revista de arte, crítica y polémica, *Cartel*.

En Montevideo publicó varios interesantes libros: *La ruta aventurera* y *Cuaderno del ojo sin sueño*, ambos de “versos”, en el decir vulgar y expresivo “de la gente”, y *Galicia, cara y cruz*, ensayos, en el que tanto, con razón, a nuestra querida ciudad alaba; y desde allí, editada en Santiago por la editorial Nós, la obra *Cantigas e verbas ao ar*, colección de poesías gallegas acertadamente prologadas por la ilustre poetisa uruguaya, inspiradísima cantora del amor y de la vida, Juana de Ibarbourou, que en dicho prólogo se declara hija del gallego (no vasco como alguna vez se dijo) Juan Fernández, porque, como es sabido, el extraño apellido que usa lo adoptó de su marido, por natural y justificado afecto.

En 1931 volvió Sigüenza a Galicia y en 1932, siempre con su innata vocación de periodista, se hizo cargo de la Jefatura de Redacción de *El Pueblo Gallego*, de Vigo, y de la dirección del diario *La Tarde*, de dicha ciudad, fundando y dirigiendo en ella, además, las revistas *Cartel*, quizá en recuerdo de la que fundó en Montevideo, y *Numen*, de poesías, a las que tan dado siempre Sigüenza fue, y escribiendo, igualmente allí, los libros *Poemas del Imperio* y *Canciones extraviadas*, ambos también de “versos”; habiendo sido, además, corresponsal de *La Voz de Galicia* y *La Noche*, así como del diario de La Habana *Crisol*, después de haberlo sido también del diario de Madrid *Ahora*. En la actualidad, Sigüenza está de redactor-editorialista y crítico de arte del decano de los periódicos de Galicia, el centenario *Faro de Vigo*, para el que, por muchas razones, entre ellas los muchos y buenos amigos que a su frente están, y la valiosa y nunca olvidada colaboración que, en difíciles momentos, en el desempeño de cierto cargo me prestó, quiero en este solemne momento, el cariñosísimo recuerdo que me merece, con todo mi cordial afecto tener.

Tal es, a grandes rasgos torpemente trazada, la ilustre personalidad literaria y periodística del Sr. Sigüenza.

El, sólo a primera vista, extraño tema del interesante discurso que acabáis, con justicia, de aplaudir, constituye, a mi juicio, un gran acierto del Sr. Sigüenza; no sólo por la merecida exaltación de un gallego extraordinario, desconocido para muchos, que supo como nadie llevar a la poesía más ajena y extraña, lo más propio y sentimental de la nuestra, la “saudade”, sino también por la forma en que el Sr. Sigüenza supo ver y, acertadamente, hallar, en lo más “gaucho” de las más sentidas composiciones del “Viejo Pancho”, el alma de nuestra tierra, al través precisamente de aquellos naturales sentimientos nacidos al contacto de un mundo vivido como propio.

Inicia el Sr. Sigüenza su interesantísimo discurso con la nota impresionante del silencioso entierro del Viejo Pancho, como lo haría el más exaltado poeta de nuestro añorado romanticismo; tras el cual rápida pero certeramente esboza su biografía, presentándonos con clara visión a Alonso Trelles, como un hombre que “nació poeta”, para hablarnos luego con segura palabra y certero juicio de la interesante vida del Viejo Pancho “en su rincón”, indudablemente lo más personal, con serlo todo, de su afortunado y amenísimo discurso, en el que acertadamente intercala una bien hecha selección de las más inspiradas composiciones de Alonso Trelles.

A este efecto, conviene en este momento recordar las interesantes palabras de Luis Hierro, cuando dice que los cantos de Alonso Trelles, “genuinamente uruguayos”, evidencian su ocasión para pulsar la lira “gaucha”, y nos habla de “su conocimiento del alma compleja del paisano”; así como las no menos elocuentes del ilustre escritor, D. Justino Zabala Muñoz, una de las más altas personalidades del Uruguay, presidente que fue de la Delegación Uruguaya que concurrió a la UNESCO, a la Conferencia de Educación celebrada en Ginebra en 1951, cuando en el acertadísimo “Prólogo” a los “versos criollos” que Alonso Trelles agrupó bajo el título de *Paja brava*, su más interesante libro, “su obra capital”, como acertadamente dice Sigüenza, nos explica con frases afortunada (y Sigüenza tuvo el acierto de recordarlo) cómo El Viejo Pancho tuvo “el seguro sentido estético y la certera comprensión del medio campero, de no tornar villano el verso con refranes continuos”, añadiendo que noble, como su espíritu, era su palabra; “por eso puede afirmarse con justicia, —dice— que en el instante en que su guitarra enmudeció, volvió a hacerse otra vez el silencio en el alma de los paisanos...”. Palabras a las que yo creo necesario añadir, en este momento, las tan elocuentes y expresivas del ilustre escritor y periodista, uruguayo también,

Alberto Zum Felde, que en su interesante *Crítica de la literatura uruguaya*, que por ser “una completa revisión de los valores literarios circulantes en el país” (son sus palabras), tanto revuelo, cuando se publicó, produjo, nos dice: “El llamado Viejo Pancho es quizá el único que ha conseguido —en medio de la común hojarasca— realizar algunas composiciones que, siendo algo más que mero deporte gauchesco, entran ya en el campo de la verdadera poesía”, añadiendo, y ello es interesante, que nadie al verlo y oírlo no diría que era un criollo auténtico; “a tal punto —dice— se ha operado el fenómeno de su adaptación, que compenetrado de la vida de nuestro paisano, ha llegado a vestir como él, y a expresar como él expresaría, sus propios sentimientos, a punto tal, pues, que ha logrado hacer los mejores versos criollos en nuestra época”, añadiendo más adelante en su justa y acertada crítica: “todos los demás versificadores gauchescos se parecen y se confunden: El Viejo Trelles se distingue, es personal”; y para mejor decirlo y confirmarlo aún más, añade, cuando aludiendo a la influencia que los *Aires murcianos* de nuestro Vicente Medina hayan, en efecto, como también el Sr. Sigüenza apunta, ejercido en Trelles: “Lo cierto es que el viejo Trelles ha producido las mejores composiciones dentro del género gauchesco en nuestro país”. Lo que ya es bastante para justificar el asunto de este interesante discurso.

Así Ribadeo, su patria, a lo griego, le ha rendido un cálido y entusiasta homenaje el 28 de julio de 1946, en cuyo Comité de Honor, entre otras ilustres personalidades, figuraba con el Excmo. y Magnífico Sr. Rector de la Universidad de Santiago, D. Luis Legaz Lacambra, nuestro querido presidente D. Manuel Casás, que en la imposibilidad de asistir al solemne acto que en honor del Sr. Alonso Trelles allí se celebró, estuvo representado por nuestro querido compañero Sr. Vázquez Seijas, director del Museo de Bellas Artes de Lugo.

Y nada más, señores académicos, que ni quiero abusar de vuestra paciencia ni retrasar por más tiempo la solemne y merecida entrada en nuestra querida Corporación, de nuestro entrañable y querido amigo, el ilustre escritor y periodista Sr. Sigüenza, a quien cordialmente felicito y con toda mi alma abrazo.

He dicho.

Real Academia Galega
Rúa Tabernas, 11
15001 A Coruña
www.academia.gal



REAL ACADEMIA GALEGA

